

más. La pobre niña andaba triste y descolorida; su quebranto era tan grande que cualquiera que no hubiera sido miope se lo hubiera conocido, y sus padres, que tenían juntamente con la penetración natural en las gentes que quieren, la gramática parda de los costeños, estaban ya sobre aviso y como quien dice, con la barba sobre el hombro.

Una noche en que Toña ocurrió á mi aposento tratando de fundir con sus lágrimas y con sus besos el que ella creía hielo de mi esquividad, oímos un ruido extraño y vimos aparecer al viejo don Tirso. Llevaba en una mano un enorme chafarote de pura manufactura india, y en la otra una vela de sebo que chorreaba á más no poder; tenía cubierta la cabeza con un paliacate y los ojos le reverberaban con una luz extraña y misteriosa.

— ¡Vete á tu cuarto, bribona!... Cuando uno te cree durmiendo como una marmota, estás con los hombres diciéndoles cositas de miel... ¡Largo, indecente!

Salió escurrida la muchacha; don Tirso dejó en la mesa el velón, se acomodó las calzoneras de tapa-balazo, se colocó entre las piernas el chafarote y empezó así:

— ¡Qué bien te portas, Van Haens; eres un canalla de lo que no hay!... Te admiten en una casa y lo primero que haces es deshonrarla...

Permanecí callada y el viejo continuó:

— ¡Quién había de creer que con tu carilla bonita y

con tu aspecto de doime á Dios fueras á hacer tamaña picardía!... Pareces de almendra y nuez, y eres de aserrín y cola, caracho...

Seguí en silencio, y el viejo ya se fué al bulto:

— Y ora ¿qué piensas hacer? Me figuro que no tomarás á mi hija por una relinga... Te casarás con ella...

— No puedo, articulé de un modo apenas perceptible.

— ¿Que no puedes? ¿Y quién eres tú pa deshonrarte si te casas con mi hija? ¿No sabes que no la hay mejor ni más honrada en todo el mundo? ¿Qué defecto le pones? ¿Qué tienes que decir de ella?... Mira, aunque me pareces un buen muchaho, es bueno que te pongas en la razón y no me piques la cresta... Sábetete que en queriendo, soy terrible... ¿Ves este *guango*? (y me señaló el machete que tenía en la mano). Pos debe, debe sus muertecitas... ¿Qué trabajo me costaría darte un buen trancazo y echarte luego al río? Los caimanes darían cuenta de ti en menos que te lo digo... Conque, resuélvete, porque mañana mismo, amaneciendo Dios, te casas con la muchacha ó ves pa qué naciste... Beberemos el *charape* de la boda.

Las amenazas del viejo me asustaban grandemente, pero todavía tuve fuerzas para oponerle mis objeciones: que era casado, que era hereje, que no quería abandonar á mis compañeros...

— Yo no sé nada; tú te casas y después miras lo que haces; te darás tus mañas pa descasarte, pero estando

cubierto el honor de la muchacha quedas en libertad de largarte al siguiente día.

— No es posible, don Tirso... Cuando le digo que no es posible...

— ¿Qué es eso de no es posible? Tú me estás haciendo de chivo los tamales y te pegas chasco... ¡Pos no más esa faltaba; que un muchacho como tú se burlara de mí en mis propias barbas!... Te casas y te retecasas.

— No me caso, señor don Tirso, dije armada de resolución.

Y como si yo estaba armada de resolución, él estaba armado de machete, cerré los ojos esperando recibir un golpe que me rebanara la cabeza. En vez de eso oí la voz del viejo suavizada y llena de calma.

— No seas tonto, Van Haens, me dijo; mira que no te quiero hacer daño ni maltratarte un pelo de la cabeza... Si has de ser mi hijo, ¿podría hacerte daño? Mira que Toña es la muchacha más guapa de la jurisdicción; mira que es dueña de cuarenta ó cincuenta mil pesitos, que te puedo entregar á la hora de tu matrimonio... ¿No te gusta el pueblo? Te vas á onde quieras y no te vuelves á acordar de la vieja y de mí... ¿Por qué nos quieres hacer desgraciados? ¿Tan mal te hemos tratado para que así nos deshonres?... ¿Qué dices?

— Que no es posible.

— ¡No es posible! Lo que no es posible es que nos dejes

en esta triste situación, sin hija y sin honra... ¡Nos matas, Van Haens; nos matas á la mala!...

Y la voz del viejo temblaba empapada en lágrimas.

— No puedo.

— ¿Y por qué no puedes, vamos á ver?



— Porque... no puedo.

— ¿Y pudiste burlarte de la honra de mi hija?

— Toña es perfectamente honrada.

— ¡Honrada! ¿Y me vas á sostener que es honrada una mujer que pasa las noches en el cuarto de un hombre?

— Yo no soy hombre, don Tirso, gemí con voz ahoga-

da, resuelta á revelar mi secreto más bien que dejar á aquellas buenas gentes en una incertidumbre ó en una vergüenza tan espantosa.

— ¿Qué dices? gritó el viejo lleno de admiración, pero desconfiado en el fondo.

— Que soy mujer...

— ¿Mujer?

— Como Antonia...

— Me has dejado frío... Pero no, esas son alilayas tuyas por escaparte de mis manos. Eso es como lo de que eres hereje ó eres casado... Te casas y te recasas.

Conté brevemente mi historia al viejo, que se santiguó dos ó tres veces durante mi discurso, y luego, tras de reflexionar un rato, me dijo:

— No sé ni qué pensar de ti, malajo... ¿Conque no eres hombre, ni belga, ni hereje, ni casado, ni subteniente, ni nada? ¿Conque eres mexicana y mujer y dama de la Emperatriz y no sé qué más? ¡Vas á acabar por volverme loco, muchacho ó muchacha ó lo que demonios seas!... Si mientes, eres el farsante mayor que he conocido; si dices verdad, eres la calamidad más grande de este siglo... ¿Y qué piensas hacer? A ver, dime.

— Marcharme de la casa de usted.

— Y también del pueblo y del distrito y del Estado.

— No puedo.

— ¿Por qué no puedes, cordones?

— Porque estoy preso.

— Yo consigo manera de que te marches.

— Siendo así...

— Alista tus cosas y te vas mañana.

— Necesito un compañero.

— Búscale; ya ves que no hay gran vigilancia con los prisioneros, y que como no hay manera de darles socorro, los mandones se hacen de la vista gorda y les dejan escapar... Mañana les esperará un mozo á la orilla del río; tendrá dos caballos prevenidos y les dejará ir libres... ¿Te conviene?

— Pierda usted cuidado.

— Por lo pronto te vas de esta casa; no quiero, si eres hombre, que suceda lo que no ha sucedido; y si eres mujer, que te veas obligada á decir la verdad... Toca fagina... Esto, ya lo sabes, queda entre tú y yo... Pico de cera.

— Claro está.

Apenas amaneció fui á ver á Gheude, que descansaba en el portal en que dormían los demás prisioneros. ¡Pobre Gheude! El uniforme se le caía á pedazos, la barba le había crecido bravía y desordenadamente; estaba flaco, triste, sin bríos y sin fuerzas. Como el resto de los compañeros, se había dedicado á la poco productiva tarea de mendigar el pan de puerta en puerta y de ranchería en ranchería; mas ya se notaba que la miseria y

la tristeza empezaban á labrar en su ánimo más de la cuenta.

— ¿Escaparnos? Claro que sí; lo deseo. ¿Pero cómo?

— Yo sé mi cuento.

— ¿Y don Nicanor?

Nicanor Gómez se llamaba el mandón de Zirándaro.

— No te afijas por él.

— En fin, dijo reflexionando; ¿qué nos puede suceder peor que lo que estamos pasando aquí? A ti no te va tan mal; estás lindo como un sol; pero los que no somos guapos ni podemos atraernos la buena voluntad de las beldades pintas, estamos más arruinados que nadie... Me voy contigo.

— Entonces, ¿trato hecho?

— Trato hecho.

A las ocho en punto nos aguardaban ya un mozo y dos caballos que aquél tenía cogidos del diestro. Montamos Gheude y yo, y á poco estábamos listos para marcharnos.

— En las cantinas hay *totopo* y bastimento, nos dijo el pinto que conducía las bestias. Aquí están dos pistolas.

Y me entregó dos monumentales de las llamadas de arzón y que probablemente habían sido olvidadas por Morelos en alguno de sus viajes.

Subimos en las bestias, nos metimos en el río, que á esa hora estaba luminoso y lleno de misterio por el reflejo

de las estrellas y por la fosforescencia de los millares de luciérnagas que le poblaban. Soltamos la rienda á los caballos, y al salir del vado y saltar á tierra, me sentí presa de extraña opresión.

— Me marchó de esta tierra en que tanto he sufrido; pero en que me he encontrado tantas gentes buenas y honradas... No sé quién ha dicho que el alma se vuelve más grande en la adversidad, como la pupila se agranda en lo obscuro: así ha sido la mía: el ejemplo de virtudes sencillamente practicadas, el perfume de las flores silvestres que brotan en lo más repuesto del bosque humano, me alegra y me deleita y me sirve de enseñanza... Quizás al volver á la lucha mundana, no olvide que se puede ser dichoso y grande y sabio siendo obscuro y viviendo tristemente.

Al internarme en la selva salvaje que abría el camino, estaba segura de encaminarme á la libertad, á la vida y á la grandeza, que habían sido siempre el imán de mi alma. A través de los árboles seguí mirando las lucecillas del menguado pueblo costeño; me las ocultó una depresión del terreno y á poco reaparecieron en el término distante como estrellitas de décima magnitud, que se confundían con las innumerables que matizaban la inmensa tela azul del cielo tropical...

Imposible referiros nuestras aventuras durante los días que precedieron á la liberación: hubo de todo; una

caída de Gheude que me puso en gran cuidado, dos ó tres hambres caninas, varias pérdidas en los bosques, muchas persecuciones por tropas que ignoro si eran chinacas ó imperialistas y una apoteosis en un pueblo indio en que nos tomaron por descendientes de Dios en persona; pero lo que no faltaba en ninguna parte era la admiración que provocaba mi presencia: nunca se había visto en aquellos lugares un ejemplar humano tan escogido como el de la pobre y asendereada Josefina Ubiarco, víctima entonces de los azares de la fortuna. En todas partes nos acogían con cariño, en todas partes me cortejaban y se dolían de que caminara en compañía de un caballero tan sañudo y respetable como Gheude, y en todas partes me hacían ofertas para plantar mi tienda y quedarme de asiento á gozar de las delicias de la tierra.

En un lugar cuyo nombre no recuerdo, nos aposentó un viejo zapatero que tenía mujer joven y bonita, la que á poco me dió á entender la gana que la llenaba de emprender conversación á solas conmigo. Esquivé como pude sus obsequios, mas á media noche oí tocar lenta y suavemente la puerta.

— Es mi enamorada, pensé.

Cesaron los golpes, y creyendo que se había retirado la mal ferida, empecé á conciliar el sueño. A poco se oyó una serie de toques furiosos y no tardó en despertar el mismo Gheude, que gastaba el sueño más pesado

y los ronquidos más sonoros que yo había visto y oído.

— ¡Levántense, ándenle, levántense!... ¡Ahí vienen los colorados!... ¡Levántense oritita!...

No había acabado de decirlo cuando los dos estábamos en pie. De un salto nos pusimos en el corral y ensillamos los caballos; pero en aquella ocasión sí que pudo decirse que no contaba con la huéspeda: la mujer se metió al machero en que estaban las bestias, y echándome los brazos al cuello me dijo con el aliento jadeante y los ojos ardiendo:

— Tú te quedas conmigo; que se vaya el barbonzote...

— Ya lo creo que me quedaré; pero déjame primero montar á caballo para esconderme en el monte: volveré luego que se vayan los chinacos.

— Yo te escondo

— No puedo quedarme.

— Sí puedes, porque ya no tienes caballo.

— ¿Dónde está?

— A saber; él no está aquí: le solté, le dí media docena de cuartazos y cogió pal monte.

— Pues ocúltame.

— Ven conmigo.

Y me conducía para la recámara matrimonial, cuando se oyeron tropel de caballos, sonar de sables, gritos y juramentos.

— ¿Onde están?

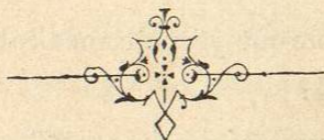
— ¡Ríndanse, jijos de la tiznada!

— Yo mantuve un pirulito.

— Con toa l'agua en el pie.

Era una cuadrilla de chinacos que pertenecía á la gente mandada por León Ugalde. Nos golpearon, nos dijeron injurias, nos amenazaron con matarnos y acabaron por subirnos en los más tristes y destrozados jamelgos que hallaron á mano.

Media hora después estábamos en Uruapan y quedábamos á disposición del general Arteaga.



## CAPÍTULO VII

### Uruapan

**H**UEGO que Gheude tuvo licencia para partirse, se despidió de mí con lágrimas en los ojos. Confieso que yo también las vertí al dejar la compañía de aquel gigante bueno como el buen pan y cariñoso más que un perro de lanas...

Pero no adelantemos las cosas y reframamos todo como mandan las reglas, despacio y por sus puntos.

Es, pues, el caso, que al llegar á Uruapan nos pusieron en el vetusto y destartalado edificio de la Prefectura, anunciándonos que no tardaría en llegar el personaje que determinaría lo tocante á nuestra suerte final. El sargento no hablaba palabra: eran ya demasiadas emociones para tan poco tiempo; los carceleros nos miraban ceñudos; la luz que penetraba por la claraboya del cuarto nos infundía terror.

— ¿Qué dices, Van Haens?